

DOMINGO II DE PASCUA: DIVINA MISERICORDIA

CICLO A
DOMINGO "IN ALBIS"

2ª Lectura (1 P. 1, 3-9)



«Por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos nos ha hecho nacer de nuevo para una esperanza viva»

«Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que, en su gran misericordia, por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha hecho nacer de nuevo para una esperanza viva, para una

herencia incorruptible, pura, imperecedera, que os está reservada en el cielo.

La fuerza de Dios os custodia en la fe para la salvación que aguarda a manifestarse en el momento final. Alegraos de ello, aunque de momento tengáis que sufrir un poco, en pruebas diversas: así la comprobación de vuestra fe –de más precio que el oro que, aunque perecedero, lo aquilatan a fuego– llegará a ser alabanza y gloria y honor cuando se manifieste Jesucristo Nuestro Señor.

No habéis visto a Jesucristo, y lo amáis; no le veis, y creéis en él; y os alegráis con un gozo inefable y transfigurado, alcanzando así la meta de vuestra fe: vuestra propia salvación.» (1 P. 1, 3-9).

“Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo”: Después del saludo inicial, S. Pedro abre su carta con una bendición al Padre eterno, principio y fin de todo lo creado, pero, además, *“Padre de Nuestro Señor Jesucristo”*.

El apóstol S. Pablo usaba también este tipo de bendición al inicio de algunas cartas:

«¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de toda consolación!» (2 Cor. 1, 3).

«Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo.» (Ef. 1, 3).

Aunque Dios es bendito en sí mismo, independientemente de nuestra fórmula de bendición, sin embargo, lo que desea S. Pedro aquí es que Dios sea también bendito entre todos nosotros, pobres pecadores necesitados de la infinita misericordia de Dios, pero fundamentalmente que el Padre sea bendito entre los cristianos seguidores de Cristo Jesús.

“Que, en su gran misericordia”: No en virtud de tu bondad, por más bondadoso que seas, sino según *“su gran misericordia”*.

«Él nos salvó, no por obras de justicia que hubiésemos hecho nosotros, sino según su misericordia, por medio del baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo.» (Tit. 3, 5).

«SU MISERICORDIA ES SUFICIENTEMENTE GRANDE.

Pedro piensa que Dios nos redimió sin ninguna ayuda de nuestra parte. Esta es la misericordia que fue capaz de perdonar todos los pecados de pensamiento, de palabra y de obra que los hombres cometieron desde el comienzo del mundo hasta el fin del mundo.» (PS.- HILARIO DE ARLÉS, Comentario a la Primera Carta de Pedro; PL Supp. 3, 84).

“Por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos”: La resurrección expresa con suficiente luminosidad la condición antitética de la muerte. Se expresa con la resurrección un nuevo nacimiento glorioso.

El hombre, que había muerto en Adán:

«Morirás sin remedio.» (Gén. 2, 17).

«Volverás al suelo, pues de él fuiste tomado.» (Gén. 3, 19).

Ése mismo hombre resucita ahora *“por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos”*.

“Nos ha hecho nacer de nuevo”: Cristo Jesús te ha reengendrado, te ha elevado a una vida nueva y superior, a una vida divina por la gracia santificante. Esta vida la adquieres en el bautismo. Eres engendrado de nuevo, como anunció Jesús a Nicodemo:

«Jesús le respondió: “En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de lo alto no puede ver el Reino de Dios.» (Jn. 3, 3).

Esta génesis añadida y nueva supone una renovación interior, una restauración de las ruinas introducidas por Adán. Tu nacimiento en Adán tuvo la posibilidad hipotética de acabar en vida o en muerte. Lamentablemente acabó en muerte. Tu nacimiento fue un fracaso adamítico. Pero tu nacimiento en Cristo Jesús no tiene más posibilidad que acabar en vida, y vida eterna. Afortunadamente tú puedes optar por Cristo Jesús, es decir, por la vida eterna, pero también debes saber que si te descuidas te sorprenderás a ti mismo optando por la corrupción de Adán, que sólo puede devenir en muerte eterna.

Tu nuevo nacimiento te lleva a un nuevo modo de vivir. Ya no te sirve el modelo de vida que traía la humanidad, tras las vanidades de este mundo azuzadas por Satanás. Ahora tu modelo de vida lo encuentras en Cristo Jesús, en su Evangelio, fecundado por el Espíritu Santo.

“Para una esperanza viva”: Esta expresión: “viva”, es un modo de enfatizar la solidez que tiene la “*esperanza*” del renacido en las aguas del bautismo:

«La esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado.» (Rom. 5, 5).

La vida nueva recibida al presente por el bautismo puede perderse, pero hace referencia a una salvación futura, mediante la “*esperanza viva*”, actualizada y real, que no defrauda. Pero la esperanza no es la causa de la génesis salvífica. Lo es la muerte y “*resurrección de Jesucristo*”.

“Para una herencia incorruptible, pura, imperecedera, que os está reservada en el cielo”: La regeneración genera esperanza y “*herencia incorruptible*”. “*Incorruptible*”, porque por sí misma no puede perecer jamás, y, por parte de sus enemigos, no puede ser devastada ni corrompida moralmente. Por lo tanto, es una “*herencia*” para siempre.

El tipo de “*herencia*” de la eternidad (“*incorruptible, pura, imperecedera*”) está suponiendo la realidad de otra herencia, la herencia terrena: corruptible, impura, perecedera.

“La fuerza de Dios os custodia en la fe para la salvación que aguarda a manifestarse en el momento final”: La fe custodia la vida y doctrina de Jesús, y te custodia a ti hasta la salvación eterna. Fuera de la fe, esa fuerza salvífica de Dios queda reducida a la impotencia, pero en la fe tiene poder eficaz para trasladar al regenerado del tiempo a la eternidad.

Pero parece que S. Pedro da una puntada a la necesidad excepcional que de la fe debe tener el cristiano al fin del mundo: “*que aguarda a manifestarse en el momento final*”:

«El fin de todas las cosas está cercano. Sed, pues, sensatos y sobrios para daros a la oración.» (1 P. 4, 7).

Bajo la “*custodia*” del mismo Dios, ¿qué temor vas a tener en tu curso por los senderos de este mundo?

“Alegraos de ello”: Que la cruz presente no os arrebate el gozo. Que la inminencia de la parusía sea motivo de alegría, pues aquí finalizan todas las asechanzas del enemigo y se manifiesta el triunfo definitivo de Cristo Jesús para toda la eternidad feliz.

“Aunque de momento tengáis que sufrir un poco, en pruebas diversas”: El cese de la tribulación al final del tiempo no es razón suficiente para impedir el sufrimiento en el presente, pero sí es razón suficiente para alegrarte desde ahora. Por tanto, convive en el corazón cristiano la alegría y la cruz:

«Considerad como un **gran gozo, hermanos míos, el estar rodeados por toda clase de pruebas.**» (Sant. 1, 2).

«**Nos gloriamos hasta en las tribulaciones.**» (Rom. 5, 3; cf. 2 Cor. 6, 10).

«**Ellos marcharon de la presencia del Sanedrín contentos por haber sido considerados dignos de sufrir ultrajes por el Nombre.**» (Hech. 5, 41)

“Así la comprobación de vuestra fe –de más precio que el oro que, aunque perecedero, lo aquilatan a fuego– llegará a ser alabanza y gloria y honor cuando se manifieste Jesucristo Nuestro Señor”: La fe te purifica de mucha escoria, como el fuego purifica el oro. De este modo la fe desemboca en “alabanza” divina.

«LOS SANTOS RESPLANDECEN COMO ORO ACRI SOLADO.

Los santos se dieron cuenta que el fuego divino les purificaría y beneficiaría, por eso no se estremecieron ni se descorazonaron por los tormentos a los que se enfrentaron. En vez de ser heridos se hicieron más brillantes, crecieron y mejoraron, como el oro acrisolado.» (S. ATANASIO, Carta Festal, 10; PG 26, 1401).

“No habéis visto a Jesucristo, y lo amáis”: A diferencia de S. Pedro, que sí vio a Jesucristo, la generación de “los que viven como extranjeros en la diáspora” (1 P. 1, 1) (tal vez los cristianos de Asia Menor), que leen la carta de S. Pedro, no han tenido la oportunidad de ver al Señor, pero “lo aman”.

“No le veis, y creéis en él”: Si aman a Nuestro Señor Jesucristo, como acaba de decir anteriormente, es porque *“creen en él”*.

La fe suple la visión. El Señor, presente desde el misterio en el seno de su Iglesia, infunde el amor y la fe en sus seguidores.

“Y os alegráis con un gozo inefable y transfigurado”: El amor y la fe produce en el corazón del creyente un *“gozo”* que no puede dar nada de lo que ha sido creado. Es una experiencia nueva, traída por Cristo Jesús, de la que participan los miembros de su Iglesia.

“Alcanzando así la meta de vuestra fe: vuestra propia salvación”: La fe traza un camino disciplinado que desemboca en la salvación. Tu salvación está asegurada con tu fe viva en Cristo Jesús. ¡Alabado sea el Señor!

3ª Lectura (Jn. 20, 19-31)



“A los ocho días se les apareció Jesús”

«Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa con las puertas cerradas, por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: –Paz a vosotros.

Y diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: –Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envió yo.

Y dicho esto exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: –Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.

Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: –Hemos visto al Señor.

Pero él les contestó: –Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo.

A los ocho días estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: –Paz a vosotros.

Luego dijo a Tomás: –Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.

Contestó Tomás: –¡Señor mío y Dios mío!

Jesús le dijo: –¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que creen sin haber visto (no vieron y creyeron).

Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Estos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su Nombre.» (Jn. 20, 19-31).

“Al anochecer”: La aparición de Jesús a sus discípulos va a tener lugar de noche, cuando ya han vuelto los dos de Emaús. Probablemente después de las ocho de la noche, pues S. Marcos apunta a que estaban dispuestos para la cena:

«Estando a la mesa los once discípulos, se les apareció y les echó en cara su incredulidad y su dureza de corazón, por no haber creído a quienes le habían visto resucitado.» (Mc. 16, 14).

«ERA DE NOCHE, MÁS POR EL DOLOR QUE POR LA HORA.

Era de noche, más por la tristeza que por la hora. Era noche para las mentes oscurecidas por la sombría nube de la tristeza y la pesadum-

bre, porque, aun cuando la noticia de su resurrección les había dado una tenue claridad, sin embargo, el Señor todavía no había brillado con todo el resplandor de su luz.» (S. PEDRO CRISÓLOGO, Sermones, 84, 2; CCL 24A, 516).

«JESÚS NO SE RETRASA.

Cuando María les dijo esto, era natural que los discípulos, o bien no dieran crédito a las palabras de la mujer, o bien, si se lo daban, se dolieran de que no les hubiera considerado dignos de la visión, pese a haberles anunciado que se les aparecería en Galilea. Con el fin de que no se angustiaran con estos pensamientos, Él no dejó que pasara ni un solo día, sino que, incrementado su deseo, ya sea para que supieran que había resucitado, ya porque se lo oyeron a la mujer, cuando estaban ansiosos por verle y también temerosos, circunstancia que hacía mayor el deseo, entonces, ya atardecido, se les apareció, y de forma muy admirable. ¿Por qué se les apareció cuando ya había atardecido? Porque era natural que entonces tuvieran más miedo.» (S. JUAN CRISÓSTOMO, Homilías sobre el Evangelio de Juan, 86, 2; PG 59, 470).

“De aquel día”: La expresión tiene sabor escatológico y reminiscencias bíblicas:

*«En **aquel día** harás saber a tu hijo: “Esto es con motivo de lo que hizo conmigo Yahveh cuando salí de Egipto.”» (Éx. 13, 8).*

*«Los israelitas pasaron a pie enjuto por en medio del mar, mientras las aguas hacían muralla a derecha e izquierda. **Aquel día** salvó Yahveh a Israel del poder de los egipcios; e Israel vio a los egipcios muertos a orillas del mar.» (Éx. 14, 29-30).*

*«Yo ocultaré mi rostro **aquel día**, a causa de todo el mal que habrá hecho, yéndose en pos de otros dioses.» (Deut. 31, 18).*

*«**Aquel día** Yahveh engrandeció a Josué delante de todo Israel.» (Jos. 4, 14).*

*«Así humilló Dios **aquel día** a Yabín, rey de Canaán, ante los israelitas.» (Juec. 4, 23).*

*«Los ojos altivos del hombre serán abajados, se humillará la altanería humana, y será exaltado Yahveh solo en **aquel día**.» (Is. 2, 11).*

*«La palabra de Yahveh me fue dirigida en estos términos: Hijo de hombre, profetiza y di: Así dice el Señor Yahveh: Gemid: “¡Ah, el **día aquel!**” Porque está cercano el día, está cercano el **día de Yahveh.**» (Ez. 30, 1-3).*

Nos llevaría demasiado lejos seguir recopilando textos bíblicos donde se menciona esta expresión con una intencionalidad específica.

“El día primero de la semana”: Así como la creación comenzó con el primer día, así también la re-creación debe comenzar el primer día: la Resurrección es el inicio de una vida nueva.

Se inaugura un nuevo orden de cosas. Ahora ya no es el sábado (Antiguo Testamento), sino el domingo (Nuevo Testamento) el día consagrado al **descanso** tras el duro bregar de la pasión. La historia de la humanidad no es conducida ya al sábado, en el que impera la muerte, sino al domingo, día de la resurrección. La pretensión autosalvadora de Adán no conduce al descanso, sino al sepulcro, no hace entrar la historia en el descanso del Señor, la vida eterna:

*«Me irrité contra esa generación y dije: Andan siempre errados en su corazón; no conocieron mis caminos. Por eso juré en mi cólera: **¡No entrarán en mi descanso!**» (Hebr. 3, 10-11).*

Es la redención de Cristo Jesús la que salva la historia haciéndola entrar en el descanso del Señor: el domingo.

*«Si Josué les hubiera proporcionado el descanso (al entrar en la tierra prometida), no habría hablado Dios más tarde, de **otro día.**» (Hebr. 4, 8).*

Toda pretensión teológica de constituir otro día, diferente del domingo, como día de descanso, está condenada al fracaso. No es admisible variación en este tema.

El cambio del sábado al domingo ilumina también el nuevo orden establecido en la creación. Es el cambio de Adán muerto, a Jesús resucitado; de la creación caída, a la recreación elevada.

Se anuncia con este cambio que Jesús ha instaurado una nueva creación, surgida de su Palabra encarnada.

«*El que está en Cristo, es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo.*» (2 Cor. 5, 17).

Queda descatalogado Adán y sus mundanos seguidores. Ahora es promocionado Cristo y sus cristianos seguidores.

“Estaban los discípulos en una casa”: Posiblemente se trata del mismo Cenáculo, imagen de la Iglesia, donde se reúnen los discípulos en su seguimiento cristiano. En el evangelio no se menciona la casa, sino que se la supone, al decir que estaban “*con las puertas cerradas*”. La indeterminación de lugar hace de cualquier casa un centro de reunión eclesial. El hogar, por tanto, no es un centro de lucro, diversión, o cualquier otra vertiente de la vida humana, que, aunque sea necesaria, no tiene aquí su sede. El hogar debe ser un lugar donde el cristiano se congrega con sus familiares cristianos buscando la reconciliación y la espera del Señor que viene.

“Con las puertas cerradas, por miedo a los judíos”: Hay miedo porque el apóstol no llega a la madurez con la sola *iluminación* de la verdad: Jesús. El apóstol precisa la *moción* del Espíritu Santo en la voluntad para adquirir la fortaleza necesaria para arrostrar las dificultades que hacen temer al iniciado.

Este temor apostólico desaparecerá en *Pentecostés*. Adelantar la hora del Espíritu es imprudente y trae como consecuencia la pérdida de la perseverancia. Se impone la *espera orante* hasta la recepción del Espíritu.

No es poco comenzar a tener miedo a los judíos: al mundo. Mantén tus “*puertas cerradas*”. Aquí comienza el apóstol a estar a salvo del veneno mortífero del gran enemigo mundanal: escóndete de él, porque de lo contrario te matará.

Espera la recepción del Espíritu Santo y luego podrás evangelizar al mundo oportunamente, pero siempre con extrema cautela.

«PUERTAS Y CORAZONES CERRADOS A CAL Y CANTO.

La magnitud de su terror y la inquietud causada por tan gran crimen habían cerrado simultáneamente la casa y los corazones de los discípulos y habían impedido completamente cualquier acceso de la luz a sus sentidos, oprimidos más y más por la tristeza; las tinieblas de la noche aumentaron y llegaron a ser más extensas. No son comparables las tinieblas de la noche con la oscuridad de la tristeza y del temor, porque estos no se pueden moderar con ninguna luz de consolación o de consejo.» (S. PEDRO CRISÓLOGO, Sermones, 84, 2; CCL 24A, 517-518).

“Y en esto, entró Jesús, se puso en medio”: San Justino ve en este hecho de Jesús la realización del Salmo 22:

*«¡Anunciaré tu nombre a mis hermanos, **en medio de la asamblea** te alabaré!» (Sal. 22, 23).*

Esto mismo es citado por San Pablo aludiendo e interpretando el mismo Salmo:

*«No se avergüenza de llamarles hermanos cuando dice: Anunciaré tu nombre a mis hermanos; **en medio de la asamblea** te cantaré himnos.» (Hebr. 2, 11-12).*

Dios está en el centro del hogar cristiano (Iglesia Doméstica), como lo está en el centro de la Iglesia por Él fundada. Y si Jesús quiere ocupar el centro de tu existencia, no se lo impidas, porque aquí hallarás tu centro. Tanto Jesús, Verbo encarnado, como el Padre eterno y el Espíritu Santo, inhabitan en tu interior como en su templo. La consideración de la realidad de la inhabitación de la Santísima Trinidad en el seno de su corazón llevó a Sta. Isabel de la Trinidad a la cúspide de la santidad.

«INCORRUPTIBLE, AUNQUE SE PUEDE TOCAR.

Aquel mismo cuerpo [de Cristo] que, al nacer, salió del seno cerrado de la Virgen, entró donde estaban los discípulos hallándose cerradas las puertas. ¿Qué tiene, pues, de extraño el que después de la resurrección, ya eternamente triunfante, entrara estando cerradas las puertas el que, viniendo para morir, salió a luz sin abrir el seno de la Virgen? Pero como dudaba la fe de los que miraban aquel cuerpo que podía verse, les mostró enseguida las manos y el costado; ofreció para que palparan el cuerpo que había introducido estando cerradas las puertas. Con ello

pone de manifiesto dos cosas admirables y para la razón humana muy contrarias entre sí, y fue mostrar, después de su resurrección, su cuerpo incorruptible y a la vez tangible... No obstante, de modo admirable e incomprendible, nuestro Redentor, después de resucitar, mostró su cuerpo incorruptible y a la vez palpable, para, al mostrarle incorruptible, estimularnos a nuestra recompensa, y al presentarle palpable, afianzar la fe; además se mostró incorruptible y palpable sin duda para probar que, después de la resurrección, su cuerpo era de la misma naturaleza, pero tenía distinta gloria.» (S. GREGORIO MAGNO, Homilías sobre los Evangelios, 2, 26, 1; PL 76, 1197-1198).

«LA RESURRECCIÓN FUE UN MILAGRO MÁS.

Me preguntas y dices: Si entró estando las puertas cerradas, ¿dónde está la forma del cuerpo? Y yo te respondo: Si anduvo sobre las aguas, ¿dónde está el peso del cuerpo? Ahora bien, el Señor hizo eso como Señor que era. ¿Acaso porque resucitó dejó de ser Señor? Y entonces, ¿qué hizo para que Pedro caminara sobre las aguas (cf. Mt. 14, 29)? Lo que hizo la divinidad, por una parte, lo perfeccionó la fe por la otra: Cristo [lo hizo] porque pudo, y Pedro [lo hizo] porque Cristo quiso. Así pues, si comienzas con razonamientos humanos a poner en discusión los milagros, ten cuidado porque puedes perder la fe. ¿No sabes que no hay nada imposible para Dios? Por tanto, quien te diga que, si entró estando las puertas cerradas, no tenía cuerpo, respóndele en sentido contrario: Si le tocaron, tenía cuerpo; si comió, tenía cuerpo. Una cosa la hizo mediante un milagro y la otra por naturaleza.» (S. CESÁREO DE ARLÉS, Sermones, 175, 2; CCL 104, 710).

“Y les dijo: –Paz a vosotros”: Esta expresión es la carta de presentación de Jesús: “Paz a vosotros” es igual que decir “Jesús a vosotros”, Jesús es el que está con vosotros en forma de paz. La paz no sólo está en Jesús, sino que la paz es Jesús.

La donación de la paz se repetirá solemnemente en el verso 21, antes de dar el Espíritu Santo, que es el don fundamental de la paz de Cristo.

Si tú te sustraes al influjo letal del mundo: “puertas cerradas”, se te colará Dios en tu vida, ocupará el centro de tu corazón y te dará la paz. Pero si el mundo no es tu enemigo, entonces es que tú eres mundo maldito: ¡ten piedad de ti!:

«**No améis al mundo** ni lo que hay en el mundo. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él.» (1 Jn. 2, 15).

«Sabemos que somos de Dios y que **el mundo entero yace en poder del Maligno.**» (1 Jn. 5, 19).

Así como el Espíritu Santo fortalece tu voluntad, el Verbo, Jesús, disipa tus dudas, ilumina tu entendimiento, pacifica tu espíritu: “*Paz a vosotros*”.

Cuando te sientas atribulado por alguna persecución, sábetete que Jesús está en medio de tu corazón otorgándote su paz: ¡ábrete a su amor!

«LA PAZ DE CRISTO.

[Jesús] saluda a sus discípulos con estas palabras: “*Paz a vosotros*”, definiéndose a sí mismo como la paz. En efecto, los que están cerca de Cristo gozan de la paz y de la tranquilidad de espíritu. Es lo mismo que auguraba Pablo a los fieles cuando decía: “*La paz de Dios, que supera toda inteligencia, guarde vuestros corazones y vuestras inteligencias*” (Filp. 4, 7). En efecto, la paz de Cristo, que supera toda inteligencia, no es cosa distinta de su Espíritu, que colma con toda clase de bienes a los que participan de Él.» (S. CIRILO DE ALEJANDRÍA, Comentario al Evangelio de Juan, 12, 1; Pusey 3, 128).

“Y diciendo esto les enseñó las manos y el costado”: Una vez que les fue devuelta la paz a los discípulos por la ordenación de sus ideas: “*paz a vosotros*”, Jesús les confirma en la verdad de su Resurrección enseñando las señales de la Pasión: “*manos y costado*”.

La paz es requerida para reconocer a Jesús, pero ¿dónde está la paz?:

- La paz está en la Iglesia de Jesús, no en la sinagoga judía.
- La paz está en la Iglesia de Jesús, no en el mundo pagano.
- La paz está en la Iglesia de Jesús, no en la naturaleza caída.

Sólo si eres iluminado e inhabitado por Jesús quedarás capacitado para reconocer al Jesús verdadero, al de la pasión, al de las llagas de “*manos y costado*”, al de la paz.

Pide a Jesús que te muestre sus *providentes manos* y su *Sacratísimo Corazón*. Si no te las muestra no podrás creer, como le pasó a Sto. Tomás:

«*Si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi dedo en el agujero de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré.*» (Jn. 20, 25).

“***Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor***”: La *alegría* sólida se encuentra en el cristianismo y proviene de la contemplación y participación en el *Corazón Sacratísimo de Jesús*. Se impone, pues, la contemplación (oración) como remedio de los males que aquejan al hombre. Sólo la oración puede *devolver* la paz y la alegría perdidas. Sólo la oración puede *conservar* la paz y la alegría adquiridas.

Y la alegría que te da Jesús es hasta llenar tu vacío: “*se llenaron de alegría*”.

- El *mundo* es inclinado a quitarte la paz.
- La contemplación de *Jesús* te devuelve la paz.
- La *ausencia de paz* denota presencia de *temor del mundo*.
- La *presencia de paz* denota presencia del *temor de Dios*.

Esta paz, proveniente de las manos y el costado (cruz), engendra la santa alegría de saberse triunfador en Cristo resucitado.

“***Jesús repitió: –Paz a vosotros***”: Esta repetición de la “*paz*” te da a entender que no se trata de un mero saludo, sino del don real y profundo de paz, que explicará el verso 22 con el sople del Espíritu. No se parece en nada al saludo que da la gente:

«*El Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho. Os dejo la paz, mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón ni se acobarde.*» (Jn. 14, 26-27).

La *tarea salvífica* que te va a encomendar Jesús prerrequiere confirmarte en la paz, por ello repite la infusión de la paz nuevamente. Esta *tarea* no tiene igual:

“Como el Padre me ha enviado”: Jesús fue enviado por el Padre como Dios redentor de la humanidad, como amor misericordioso para el hombre pecador, como Hijo amado...

“Así también os envió yo”: La misión confiada por Jesús a sus discípulos es la misma que Jesús recibió de su Padre Dios.

El obrar encomendado por el Padre a Jesús es divino, porque su ser es divino: *“El obrar sigue al ser”* (*“Operatio sequitur esse”*). Ahora bien, si la misión encomendada a los discípulos es también divina, síguese que el “ser” de los apóstoles ha sido previamente divinizado.

Por ello nada tiene de extraño que Jesús diga:

«El que a vosotros escucha, a mí me escucha; el que a vosotros desprecia, a mí me desprecia.» (Lc. 10, 16).

«EL PADRE ENVÍA AL HIJO, EL HIJO TE ENVÍA A TI.

El Padre envió al Hijo, quien, por determinación suya, debía encarnarse para la redención del género humano. Él quiso enviar al Hijo al mundo a padecer; pero, sin embargo, amó al Hijo que enviaba a padecer. Asimismo, el Señor envió a los apóstoles que eligió, no a gozar en el mundo, sino a padecer, como Él había sido enviado. Por tanto, así como el Padre ama al Hijo y, no obstante, le envía a padecer, así también el Señor ama a los discípulos, a quienes, sin embargo, envía al mundo a padecer.» (S. GREGORIO MAGNO, Homilias sobre los Evangelios, 2, 26, 2; PL 76, 1198).

Jesús se ha forjado una ilusión contigo: dale el contento de seguirlo incondicionalmente, pues es Él quien te envía.

“Y dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos”: Se trata de la nueva creación: la Iglesia. En la antigua creación Dios sopló sobre la estatua de barro para animarla:

«Entonces Yahveh Dios formó al hombre con polvo del suelo, e insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente.» (Gén. 2, 7).

«“Profetiza al espíritu, profetiza, hijo de hombre. Dirás al espíritu: Así dice el Señor Yahveh: Ven, espíritu, de los cuatro vientos, y sopla

sobre estos muertos para que vivan.” Yo profeticé como se me había ordenado, y el espíritu entró en ellos; revivieron y se incorporaron sobre sus pies: era un enorme, inmenso ejército. Entonces me dijo: “Hijo de hombre, **estos huesos son toda la casa de Israel**”. Ellos andan diciendo: *Se han secado nuestros huesos, se ha desvanecido nuestra esperanza, todo ha acabado para nosotros. Por eso, profetiza. Les dirás: Así dice el Señor Yahveh: He aquí que yo abro vuestras tumbas; os haré salir de vuestras tumbas, pueblo mío, y os llevaré de nuevo al suelo de Israel. Sabréis que yo soy Yahveh cuando abra vuestras tumbas y os haga salir de vuestras tumbas, pueblo mío. Infundiré mi espíritu en vosotros y viviréis; os estableceré en vuestro suelo, y sabréis que yo, Yahveh, lo digo y lo hago, oráculo de Yahveh.*» (Ez. 37, 9-14).

“Y les dijo: –Recibid el Espíritu Santo”: Los apóstoles son *animados* por la infusión del Espíritu Santo, como principio vital nuevo. Se trata de la nueva creación sobrenatural: la vida eterna incoada en el tiempo.

El aliento de Jesús simboliza el Espíritu Santo, principio de la nueva vida:

«*“Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba el que crea en mí”*, como dice la Escritura: **De su seno correrán ríos de agua viva.** Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él. Porque aún no había Espíritu, pues todavía Jesús no había sido glorificado.» (Jn. 7, 37-39).

El Espíritu Santo viene así a convertirse en el alma del Cuerpo Místico de Cristo, la Iglesia.

El demonio ha sido humillado poderosamente, y así el hombre se encuentra ahora en mejores condiciones que en tiempos de Adán. Tal es la obra (*re-creación*) de Jesús.

La transmisión del Espíritu Santo es la donación más hermosa que puedes otorgar a tus hermanos. Los demás dones son pequeñeces, comparado con este auténtico don que Dios quiere transmitir por ti a tus hermanos.

Este poder del Espíritu Santo lo transmite Jesús a sus apóstoles:

“A quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados”: La misión que da Jesús a sus discípulos es la misma que tiene Él: Jesús tiene poder para perdonar y retener pecados, pues así también tienen este poder los apóstoles. Para esto acaban de recibir el Espíritu Santo.

«¿Quién puede perdonar pecados, sino Dios sólo?» (Mc. 2, 7).

Pues sí, tal es la dignidad de los ministros dispensadores de los misterios divinos.

En la primera creación el hombre tenía dominio sobre la tierra, pero en la segunda creación adquiere también dominio sobre el cielo: “*si abris el cielo, queda abierto; si cerráis, cerrado*”:

«A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos; y lo que ates en la tierra **quedará atado** en los cielos, y lo que desates en la tierra **quedará desatado** en los cielos.» (Mt. 16, 19).

El demonio quedó altamente humillado: como Satanás tuvo éxito al conseguir las llaves del paraíso de Adán, que quedó clausurado, pretende ahora atrapar las llaves del Paraíso de Jesús. Pero el intento es fallido: no sólo quedó frustrado su loco intento, sino que perdió las llaves del infierno:

«A quienes perdonéis... perdonados» (Jn. 20, 23).

Y así los hombres reciben las llaves del cielo.

Para “perdonar” o “retener” es preciso conocer el proceso judicial. Una vez sometidos los pecados al tribunal de Jesús, su ministro tiene obligación de “perdonar”, o “retener” si falta disposición. Se impone, pues, la confesión auricular.

Tu tarea apostólica está ahora orientada a perdonar, es decir, a barrer pecados. Toda otra tarea temporal, en comparación de la eterna, carece de relevancia.

“A quienes se los retengáis les quedan retenidos”: Aunque la función apostólica va orientada a la salvación de las almas, a la bendición de

todos y a su perdón, sin embargo, quiere Jesús que conste el poder que tienen sus apóstoles para retener pecados a quienes no los detesten.

“Tomás, uno de los doce, llamado Mellizo, no estaba con ellos”:

S. Juan inserta aquí el episodio de la incredulidad de Tomás para que crean los que no han visto.

¿Cómo es que dice S. Juan que Tomás “no estaba con ellos”? S. Marcos dice que Jesús se apareció a los once cuando estaban a la mesa. Como faltaba Judas, que se había suicidado, entonces sí parece que estaba Tomás cuando se apareció Jesús:

«Estando a la mesa los once discípulos, se les apareció y les echó en cara su incredulidad y su dureza de corazón, por no haber creído a quienes le habían visto resucitado.» (Mc. 16, 14).

La respuesta a esta aparente contrariedad entre S. Juan y S. Marcos está en que, efectivamente, Sto. Tomás sí había estado con los demás discípulos durante aquel día, pero se había alejado en el momento en que Jesús se aparece a la comunidad apostólica.

«¿CONTRADICE JUAN A LUCAS?»

¿Por qué dice Juan que el apóstol Tomás no estaba con ellos, mientras que Lucas escribe que los dos discípulos, uno de los cuales era Cleofás, al volver a Jerusalén [de Emaús], “encontraron reunidos a los once y a los que estaban con ellos” (Lc. 24, 33)? Ha de interpretarse sin duda como que Tomás había salido y durante su ausencia el Señor se les apareció.» (S. BEDA, Exposición sobre el Evangelio de S. Lucas, 6, 24; CCL 120, 417).

Es nefasto desvincularse de la influencia eclesial. Trae siempre como consecuencia la desprotección de sus ministros y la negación del apóstol a Jesús. En S. Juan, la expresión “no estaba con ellos” tiene intencionalidad: explica la causa de la incredulidad.

Con todo, aunque no estaba Sto. Tomás en el Cenáculo cuando Jesús se apareció a sus apóstoles y les dio el Espíritu Santo, ¿recibió también el Espíritu Santo Sto. Tomás?

«¿RECIBIÓ EL ESPÍRITU EL AUSENTE TOMÁS?»

¿Cómo no preguntará alguien –y además con toda razón–, si [Tomás] estaba ausente, recibió realmente el Espíritu Santo cuando el Salvador se apareció a los discípulos y sopló sobre ellos diciendo: “Recibid el Espíritu Santo? Pues bien, afirmamos que el poder del Espíritu se difundía en todo aquel que recibía la gracia, a la vez que cumplía el propósito del Señor. Cristo lo concedió no a algunos solamente, sino a todos los discípulos, de tal manera que lo reciben incluso quienes no estén presentes, por cuanto la prodigalidad del donante no se reduce sólo a los presentes, sino que se extiende al conjunto de los santos apóstoles. Ni hay nada abusivo en nuestra interpretación ni tal lectura nos parece irreverente, y de ello te convenceremos sirviéndonos de la Sagrada Escritura cuando hayamos puesto como prueba un pasaje de los libros de Moisés. Ciertamente, en una ocasión Dios el Señor ordenó al sapientísimo Moisés elegir setenta ancianos de la asamblea de los judíos y anunció claramente: “Tomaré del Espíritu que hay en ti y lo pondré sobre ellos” (Núm. 11, 17). Y, en efecto, Moisés los reunió y cumplió el mandato divino. Pero he aquí que se quedaron atrás dos de los incluidos entre los setenta y permanecieron en la asamblea: Eldad y Medad. Luego, tan pronto como Dios puso en todos ellos el Espíritu conforme a la promesa ya dada, al punto se pusieron a profetizar los que habían recibido la gracia, es decir, los que Moisés se había llevado con él, pero no profetizaron menos los dos que estaban en la asamblea, de hecho, la gracia de lo alto llega incluso a ellos primero.» (S. CIRILO DE ALEJANDRÍA, Comentario al Evangelio de S. Juan, 12, 1; Pusey 3, 138-139).

“Cuando vino Jesús”: No te hagas el valiente desafiando crímenes judíos o romanos y viviendo lejos de Jesús, porque terminarás negando a Dios y matando inocentes. Tú vive humildemente en el seno de la Iglesia participando en la contemplación de Jesús. Déjate sorprender por su venida.

“Y los otros discípulos le decían: –Hemos visto al Señor”: Después de la contemplación de Jesús resucitado: “hemos visto al Señor”, viene el anuncio de su resurrección. Cuanto más lo contemples en el seno de su Iglesia, más lo podrás anunciar a tus hermanos.

“Pero él les contestó: –Si no veo en sus manos la señal de los clavos”: La exigencia de la constatación sensorial, de parte de Sto. Tomás, repugna frente a la comunidad apostólica allí reunida. Ciertamente la mirada contemplativa de las señales de la pasión de Jesús devuelve una vista restaurada al pobre hombre pecador.

“Si no meto el dedo en el agujero de los clavos”: No se conforma Sto. Tomás con ver a Jesús, exige tocarle: denota mucha incredulidad arrogante. Aquí lleva el vivir lejos del Señor. Sto. Tomás se hace exigente e insolente. Aquí te llevará la desvinculación de tu comunidad cristiana. Pero ciertamente que también necesitas tocar con tus dedos la dolorosa pasión del Señor para hacerte cristiano digno de Cristo Jesús.

“Y no meto la mano en su costado”: Por si acaso me falsifican el agujero de las manos, exijo también hurgar en la herida del costado, donde habrá menos peligro de falsificación y error. Tanta exigencia aturde. Y es que ciertamente el hombre que no ha metido su mano pecadora en la fuente de la salud redentora, pecadora continúa hasta que la meta allá adentro.

“No lo creo”: Sí que te entiendo, tienes razón Sto. Tomás: sin profundizar en las llagas y en el Corazón de Jesús “no creo”. No bastó todo el “Colegio Apostólico” para hacerle creer, pero el Corazón de Jesús consiguió infundirle la fe en un instante:

«TOMÁS ES UNA PERSONA PRECISA.

Tomás parece cuidadoso y reflexivo, como se desprende de lo que dijo, y que a mí me parece que lo dijo no porque no tuviese confianza con los que le decían que habían visto al Señor, sino por miedo a que se tratase de una visión y también porque se acordaba de aquellas palabras: “Porque vendrán en mi nombre muchos diciendo: Yo soy el Cristo” (Mt. 24, 5). Lo mismo sentían –pienso yo– los demás apóstoles que, al ver a Jesús, sospechaban, como parece claro por lo que está escrito: “Ellos pensaron que era un fantasma” (Mc. 6, 49), pero Jesús respondió diciéndoles: “Palpadme y comprended que un espíritu no tiene carne ni huesos como veis que yo tengo” (Lc. 24, 39).» (ORÍGENES, Fragmentos sobre el Evangelio de S. Juan, 106; GCS 110 [4, 561].

«TOMÁS CREE EN LA MUERTE, PERO NO EN LA RESURRECCIÓN DE JESÚS.

Tomás quiso saber más de la cuenta al pensar que [la resurrección] no era posible. Por eso no sólo dijo: “Si no veo”, sino también “si no meto”, para que lo que viera no fuera como un fantasma. Por eso, al escuchar de los discípulos que [Cristo] había sido herido por una lanza, lo creyó, aunque no había visto la herida, pero no creyó las palabras sobre la resurrección, pues le parecían irracionales. No habló como uno

que no creyera, sino apenado, pues no se consideraba digno de la visión [de Cristo resucitado]. Tomás no creyó por providencia [divina], para que todos sepamos por medio de él que el cuerpo que había sido crucificado también había resucitado. [Tomás] deseó ver las heridas de la carne, para ver si la misma carne había resucitado.» (AMMONIO, Fragmentos sobre el Evangelio de S. Juan, 633; TU 89, 354).

“A los ocho días”: Al domingo siguiente al día de la resurrección, Jesús entra como la primera vez. Jesús tuvo misericordia de Sto. Tomás y en él establece la *misericordia divina* con todos los que no hemos tenido la oportunidad de ver a Jesús, como lo vieron sus discípulos.

Si Sto. Tomás causó baja el primer domingo, regresó el segundo y mereció en este día ver al Señor, recuperar su fe y convertirse en un intrépido apóstol.

“Estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos”: Ahora aparece Sto. Tomás en compañía de la Iglesia. Pasará de ser D. Tomás a ser Sto. Tomás. Aunque es verdad que los demás apóstoles traicionaron la fidelidad a su Señor, sin embargo, Sto. Tomás, sintiéndose también traidor, acepta la fiel compañía de sus compañeros de Iglesia: *“Tomás con ellos”*:

“Llegó Jesús”: No es fortuita la llegada de Jesús, es intencional, tiene presente la presencia de Sto. Tomás en la comunidad cristiana. La llegada de Jesús le valió a Sto. Tomás la recuperación de la fe en Él.

“Estando cerradas las puertas”: No tengas miedo a cerrar bien las puertas que te separan de ese mundo infecto. No tengas miedo, porque Jesús entra en tu vida para abrirte de par en par a otra realidad trascendente. ¡Ciérrate al mundo y ábrete a Jesús!

“Se puso en medio”: Jesús es el centro de la historia, el centro de la Iglesia, el centro de tu existencia temporal y eterna. Por tu parte, Tomás, debes vivir en función de Jesús. Debes descentralizarte, pues tú no eres ni la historia, ni la salvación, ni Dios. Eres tan sólo, y nada menos, un hijo de Dios en el Hijo de Dios.

“Y dijo: –Paz a vosotros”: Nuevamente aparece aquí la paz, pues sabe muy bien Jesús la necesidad que tienen sus discípulos de la paz de Dios, la cual sólo se halla en la Iglesia de Jesús.

Para quienes buscáis la paz con seriedad laudable debo deciros que está en “*vosotros*”, es decir, en la Iglesia, pues a la Iglesia se la otorgó Jesús: “*paz a vosotros*”. No la encontrarás en la filosofía ni en las ciencias positivas, tampoco la encontrarás en la teología ni en el convento, la paz la encontrarás en Jesús, tanto si te dedicas a la teología, o la filosofía, o cualquier ciencia positiva; tanto si vives en un convento, como en tu hogar.

“Luego dijo a Tomás”: Jesús se dirige al que tiene más necesidad de Él, va en busca de la oveja perdida:

«¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las 99 en el desierto, y va a buscar la que se perdió hasta que la encuentra?» (Lc. 15, 4).

“Trae tu dedo, aquí tienes mis manos”: Jesús condesciende con los caprichitos de Sto. Tomás. ¿No he de condescender yo con mis hermanos hasta que lleguen a la fe? Esta condescendencia de Jesús tiene una finalidad: la fe de los que rescató con su Sangre. La intransigencia hace *apóstatas*; la condescendencia, *fieles*.

Preciosa lección para tu vida apostólica: ¿dónde lleva la intransigencia? —Al orgullo de someter al prójimo al 5º evangelio, según S. Yo.

¿Dónde lleva la “*sincatábasis*” (condescendencia)? —A la humildad de someter al prójimo al Evangelio de Jesús. A la Tierra prometida llevó la “*sincatábasis*” de Moisés con el Pueblo de Dios.

La entrada en la fe tiene una *puerta*: la *condescendencia*. El camino de la fe tiene una *finalidad*: *Jesús*.

“Trae tu mano y métela en mi costado”: No era necesaria esta segunda constatación, pero Jesús condesciende con el incrédulo. La demasía de amor lleva a Jesús a un comportamiento más materno que paterno. Quiere Jesús que Sto. Tomás tenga acceso a su corazón. Fue el único apóstol que hurgó en el Corazón de Jesús. S. Juan se recostó en su costado, pero Sto. Tomás metió su mano en el costado, alcanzó la sede de la plenitud de amor.

“Y no seas incrédulo, sino creyente”: Jesús condesciende contigo, Tomás, para que *“no seas incrédulo (καὶ μὴ γίνου ἄπιστος), sino creyente (ἀλλὰ πιστός)”*.

Nótese que lo que no habían logrado todos los discípulos en una semana, lo obtuvo Jesús en un instante: lleva, pues, al incrédulo a Jesús, que Él le convencerá.

“Contestó Tomás: –¡Señor mío y Dios mío!”: Es la solemne profesión de fe para quien se sintió comprendido, disculpado, amado...

Tomás reconoce a Jesús como el *“Kyrios (Κύριός, Señor)”* de la historia y de la eternidad. Jesús es Dios para Sto. Tomás y para todos los que creen en Él.

La breve jaculatoria de Sto. Tomás es un acto de adoración absoluta, el primero de Sto. Tomás: *“¡Señor mío y Dios mío!”*.

La expresión del adjetivo posesivo *“mío”* denota mucho amor por parte de Sto. Tomás.

La peregrinación en la fe debe llegar a la adoración y aquí descansar: *“¡Señor mío y Dios mío!”*. ¡Preciosa jaculatoria!

“Jesús le dijo: –¿Porque me has visto has creído”: ¿Porque condescendí contigo, Tomás, mostrándote las huellas de mi amor, crees? Procura creer en lo sucesivo sin mi presencia sensible, porque me voy al Padre.

“Dichosos”: ¡Bienaventurados!: ¡buena noticia para la posteridad eclesial!

“Los que ~~erean sin haber visto~~ (no vieron y creyeron)”: Cuando S. Juan escribe, ya ha pasado la generación de los creyentes que vieron a Jesús. Ahora aparece en las plazas la generación nueva que ha de creer sin ver:

*«A quien amáis (a Jesús) **sin haberle visto**; en quien creéis, aunque de momento no le veáis, rebosando de alegría inefable y gloriosa.» (1 P. 1, 8).*

«Pues caminamos **en la fe** y no en la visión.» (2 Cor. 5, 7).

Pero... ¿por qué quiere Dios que creas sin ver? –Para que domes tu soberbia, para que te sometas, para que te pueda dar lo que ni los ojos pueden ver.

Si Jesús estuviera sumergido en la historia, no lo verían más que los que estuvieran a su alrededor, pero al estar sumergido en la eternidad, lo ven mediante la fe todos cuantos lo quieran contemplar.

«FORTALEZA PERSEVERANTE.

Son bienaventurados los que, arrebatada la gracia, no encuentran consuelo alguno en sí mismos, y en medio de tribulaciones constantes y una gran oscuridad, sin embargo no desesperan. De esta manera, consolidados por la fe y convencidos de ver al que en realidad es invisible, soportan su mal con fortaleza.» (S. JUAN DE CÁRPATOS, *Carta exhortatoria*, 71; PG 85, 804).

Con todo, no se puede por menos que tildar de protestante la anterior traducción y rígida interpretación. La “*sola fe*” está aquí explotada por los protestantes, que han cometido la tropelia de trastocar las palabras del evangelio. No dice S. Juan “*dichosos los que crean* (en futuro) *sin haber visto*”, sino, “*dichosos los que no vieron (ιδόντες, aoristo participio) y creyeron*”. S. Juan está aludiendo al acontecimiento pasado de S. Pedro y S. Juan corriendo al sepulcro, y viendo la disposición de las vendas: “*vio y creyó*” (Jn. 20, 8). S. Pedro y S. Juan vieron el sepulcro y las vendas: no es ésta una “*fe ciega*”. La fe condena todo tipo de datos sensoriales. A Dios no lo ata ni Lutero, el cual decía, cuando le censuraban que estaba cambiando la Escritura y podían censurarle los católicos: “*Lutero quiere que sea así. Y mientras ellos sean lo que son, es decir, una manada de asnos, no tienen derecho a pedirle cuentas a Lutero*”. Como puedes ver, mi querido hermano, el argumento es totalmente convincente y ecuménico a rabiar.

« *ιδόντες*

Aor. p. (aoristo participio: vieron) *ὀράω*) (ZERWICK, M.; *Analysis Philologica N. T. Graeci*).

“*Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos*”: S. Juan cierra aquí su Evangelio, pero

más tarde juzgó oportuno añadir el capítulo 21 para iluminar el Primado de Pedro y de sus sucesores.

“Éstos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios”: El Evangelio de S. Juan está orientado a promover la fe en el mesianismo de Cristo Jesús, que proporcionará la vida eterna.

“Y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre”: La vida en Jesús es una vida eterna, incoada en el tiempo, pero sólo se llega a ella mediante la fe en Jesús. La fe te injerta en la vida divina y te hace partícipe de su misma vida.

Este Evangelio puede valer para trazar un esquema de todo el proceso de la vida espiritual, desde los orígenes hasta las cúspides de la santidad:

INCIPIENTES (Vía purgativa)

- ▶ **Comunidad:** “*Estaban los discípulos reunidos*”.
 - ▶ Antes de la *dispersión* para predicar, se impone la *reunión* para fortalecerse. De lo contrario vendrán caídas lamentables.
- ▶ **Huida del mundo (“Fuga mundi”):** “*Estaban con las puertas cerradas*”.
 - ▶ Cuando llegue el Espíritu Santo se abrirán las puertas y se introducirán los discípulos en el mundo para salvarlo.
- ▶ **Temor de Dios (de ofender a Dios):** “*Por miedo a los judíos*”.
- ▶ **Desconfianza de sí:** Por miedo a ser contaminados por los esquemas mundanos. Para vivir en Dios hay que retirarse del mundo.

ENTRÓ JESÚS – ENTRÓ LA PAZ: «PAZ A VOSOTROS»

PROFICIENTES (Vía iluminativa)

- ▶ **Jesús penetra con sutileza** (don de sutileza) en la vida comunitaria para llevar adelante la perfección del colegio apostólico. Este modo *suave y delicado* de incorporarse Jesús a la vida comunitaria descalfica definitivamente la tendencia desordenada de los *visionarios* y *buscadores de milagritos*. El proceder de Jesús es casi imperceptible.
- ▶ **Consideraciones varias (meditaciones) sobre Jesús:** “*Mostró manos y costado* (Corazón Sacratísimo de Jesús)”:
 - ▶ Serán ilustrados en los divinos misterios.

VIENE LA ALEGRÍA: “SE ALEGRARON DE VER AL SEÑOR”.

- ▶ Aumenta la paz.
- ▶ Jesús da la *Misión*: “*Como el Padre me envió, así también os envió yo*”.
- ▶ Es la hora de la partida.
- ▶ Ya está preparado el apóstol para la dispersión.

PERFECTOS (Vía unitiva)

- ▶ **Nueva creatura:** “*Exhaló el espíritu: Recibid el Espíritu Santo*”:
 - ▶ Es la nueva creación: re-creación.
 - ▶ Estamos en los *tiempos del Espíritu Santo*.
 - ▶ El Espíritu Santo realiza el *matrimonio espiritual* de la Iglesia con Jesús, de los miembros con la Cabeza, pues es el alma del Cuerpo Místico.
Él une todos los agregados en un solo ser, como el alma une los inorgánicos dándoles una sola finalidad teleológica.
- ▶ **Dones carismáticos:** “*A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados*”.
 - ▶ Este poder judicial exige conocer el proceso: confesión auricular.